

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 3 DE NOVIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Palabras de Alfonso Reyes en el P. E. N. Club de México.*—Alfonso Reyes, por Antonio Caso.—*El traje azul*, por Luis Tejada.—Luis Tejada.—*A los maestros de Costa Rica*, por Gabriela Mistral.—*El oro del Masaya*, por Jorge Lardé.—*Apropositos*, por César Falcon.—*A los dominicanos*, por F. A. Rojas.—*Acuerdo de los Estudiantes ecuatorianos.*—Un Juez rural, por Pedro Pardo.—*Yo soy flamenco*, por el Pbro. Pallais.—*El pensamiento de Guerra Junqueiro* (Concluye), por Luis Araquistain.—*Dos de noviembre*, por J. J. Salas Pérez.—*La Edad de Oro* (Con lecturas para los niños).

Palabras de Alfonso Reyes en el P. E. N. Club de México la noche del 31 de mayo de 1924

(De P. E. N. Mex, México, D. F.)

AMIGOS míos: Vuestra acogida es tan afectuosa, que no encuentro cómo agradecerla. Pero no temáis que me envanezca, equivocando el sentido de este festejo. Sé que es el efecto, ante todo, de un impulso de cordialidad hacia el amigo de la primera juventud que regresa tras larga ausencia, y a quien es grato volver a estrechar la mano y oír contar sus trabajos y su vida. Lo mejor que tenemos los hombres, son los recuerdos, y yo formo parte de los vuestros. Juntos hemos abierto los libros; juntos hicimos algunas campañas por la cultura en México. Y ahora, después de once años, nos une hasta la memoria de los caros ausentes, de nuestros muertos, ya convertidos del todo en cosa propia, porque ya las veleidades del mundo no podrán nunca arrebatárnoslos.

Hace tiempo algunos compañeros leyeron conmigo, en noche inolvidable, el *Banquete de Platón*. Eramos varios, y nos turnábamos en la lectura, según se turnan los personajes del diálogo. Estábamos en el taller de un arquitecto, un taller cuyos balcones daban sobre Plateros. Como dice Gautier en su *Historia del Romanticismo*, «on lisait beaucoup alors dans les ateliers». Afuera, llovía sin ruido. Eramos unánimes, y bebíamos nuestro vino en el mismo vaso.

Permitidme, en este nuevo banquete, hacer votos porque renazca en toda su eficacia primera aquella fraternidad de entonces. Ella nos ha servido a algunos de respaldo moral, a lo largo de tantas vicisitudes y acaso —podemos ya apreciarlo— también ha servido a nuestro país puesto que ha impedido que se pierda el tesoro que recibimos de Justo Sierra, y que hemos de entregar a los que vienen después. Permitidme que repita el mensaje que, hace cuatro años, os envié de Madrid: «Conserváos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades».

También se encuentran aquí algunos que apenas o sólo de oídas me conocían. Para ellos, para los más jóvenes—a quienes va toda la inquietud de mi atención, llena de interrogaciones y esperanzas—yo no soy precisamente un recuerdo (aun cuando también lo sea en cierto modo), sino más bien una verificación: quisieran saber a lo que sabe el trato de Alfonso Reyes. Los libros pueden ser engañosos: hay que contrastarlos con su autor

responsable. A veces, lo que escribimos es sólo un desquite de la verdadera vida que llevamos. Han oído hablar de mí a los de mi camada, pero quieren convencerse por sí mismos. Quieren deshacer el mito y dar, en suma, con el hombre. Tienen razón.

Pero, aparte de estos motivos de carácter sentimental, tampoco se me oculta que el honroso festejo que me consagráis tiene otras causas. Habéis vivido, todos estos años, sometidos a rudas pruebas. La continuidad—base única de la cultura—la continuidad de vuestros trabajos era interrumpida todos los días por el sobresalto y la violencia. Los valores de por la mañana perdían su virtud por la noche; y más de una vez, en horas de desfallecimiento, pudisteis preguntaros si vuestros mismos ideales no serían algo como unos *bilimbiques* del espíritu, en que no se podían fundar promesas seguras. Lo peor es sentirse asido por la vorágine de las cosas exteriores. ¡Qué pocos se salvan! ¡Qué pocos se han salvado! Entre ellos, vosotros, a quienes yo, desde lejos, consideraba como se considera, entre la noche y la tempestad, al viajero que anda por el monte con una lucecita en la mano. Cada racha hace vacilar la luz, y hace temblar nuestro corazón. Tememos que el viajero se pierda o se quede a oscuras. Y tal vez nos esforzamos juntando las briznas que encontramos al paso, por alzar una fogata que le sirva de guía.

También yo he sufrido como vosotros, sobre todo durante la primera mitad de mi ausencia. Pero mis sufrimientos fueron ciertamente de otro orden. Mis mañanas de perplejidad; mis raciones de patatas económicamente distribuidas a lo largo de tres semanas; mis zapatos rotos; mis dimes y diretes para fijar precio a un artículo o a un libro, como quien vende y regatea peras en el mercado; mis noches de melancolía al acordarme de mi tierra y desear que no me olvidaran; mis últimos estremecimientos de furor contenido, al acordarme del gran incendio y las ruinas que me dejaba yo a la espalda; todo eso ¿qué importa, si por una casualidad que agradezco a mi suerte, pude salvar la continuidad de mi trabajo preferido, la lealtad a mi vocación?

De manera que vosotros, al recibirme otra vez en vuestro seno, saludáis y celebráis en mí, más que nada, ese espectáculo de continuidad que para vosotros hubierais deseado. No méritos míos, sino la mecánica de mi vida, determinada por condiciones ajenas, de que yo he sido hijo afortunado. Saludáis y celebráis, en fin, esta humilde aproximación al premio gordo que me ha tocado en la lotería. Yo no puedo envanecerme por eso. Ni tampoco sé sentirme avaro. Lo poco que alcanzo, lo que traigo, amigos míos, es todo vuestro.

He sido portador de un mensaje del Presidente del PEN Club de Madrid, mensaje cuya lectura habéis oído.

Hace mucho que yo no hablaba de nuestros asuntos mexicanos con mi querido y admirado «Azorín». Pero los problemas aquí y allá son, en el fondo, comunes. Y «Azorín» sabe que lo que más importa es predicar la cordialidad. No sólo la cordialidad entre los pueblos—cosa vaga, entes abstractos con quienes nunca nos confrontamos de hecho, por lo cual esta cuestión no supone un problema de la conducta—sino la cordialidad entre los hombres, la de todos los días. No quiere esto decir que haya que pasarse la vida entre abrazos efusivos. El do de pecho no es, para la voz, la mejor escuela. Basta el registro medio, equilibrado, de la buena voluntad. De la buena voluntad... y del buen humor, amigos míos! «¡Que me traigan al vendedor de felicidad!», gritaba, en sus abatimientos, el amable Daudet. Yo os propongo que gritéis cuatro o cinco veces al día: «¡Que me traigan al vendedor de buen humor!» El buen humor es el clima de la flor y del fruto, es la nodriza del alción, de los griegos, que incubaba las horas mejores.

El P. E. N. Club, este ensayo estratégico para centrar, para movilizar la voluntad literaria y coordinarla de pueblo a pueblo, va a prestarnos utilísima ayuda en la guerra santa contra la incomprensión, que es la fuente de la discordia. Porque la diferencia de sentir no es discordia. Ya dice el viejo refrán español: «Dios me dé conciencia con quien me entienda!» ¡Preciosa sentencia!

Afortunadamente, nuestro orbe hispánico va dando ya buenos ejemplares de animales políticos, de hombres que son como centro de reunión para los demás hombres, capaces de sacrificar a la inteligencia común algo de su comodidad propia. Enrique Díez-Canedo no descansa hasta agotar cuantas noticias literarias sobre nuestra América aparecen en la andanada de periódicos que todos los días descarga el correo en las redacciones madrileñas. Juan Ramón Jiménez, el solitario, el egoísta pastor de estrellas (¡qué complejas son las cosas vistas de cerca!) no escatima esfuerzo alguno cuando hace falta corregir las pruebas de imprenta de sus amigos, o ayudarlos a elegir el tipo, el papel, el formato, la cubierta de un libro. Escojo al azar, estos ejemplos, y de propósito los busco entre los ejemplos de virtudes modestas. No hace falta, para lo ordinario de la vida, mayor desprendimiento. Que para lo extraordinario y heroico, no sé por qué se me figura que todos estamos un poco capacitados; y más en esta brava tierra donde somos mejores para pelear y morir que para mantener la amistad con el vecino durante quince días seguidos. En este orden de la política literaria, me complace recordar al excelente Joaquín García Monge que, desde su pequeña Costa Rica, acierta, solo, a recoger el eco de nuestra América y de España. Y ¿quién pondría en duda la eficacia de lo que, en este Club de México, y después de cierta célebre sátira, ya podemos llamar «las pajaritas de papel de Genaro Estrada?» Ese breve mensaje agudo—guiño oportuno, palmadita en el hombro—viene a recordarnos, cada tantos días, el deber social de las letras, la orientación más pura; nos trae la última noticia sobre la labor del compañero; rectifica el tacto de codos; organiza e inspira. Yo os invito a que colaboréis todos, con vuestras ideas y noticias, en esta nueva manera de conversación. La pajarita de papel, desarrollada como yo la concibo, vuela y cruza el mar, anda los continentes, y crea la comunicación en las literaturas.

Y nada más: no quiero reaccionar con demasiadas protestas de gratitud ante la efusión de vuestra acogida. Prefiero que esta emoción se me quede adentro, y me sirva de alimento para las nuevas ausencias que me aguardan. Y no olvidéis que, yo mismo, soy vuestro mensajero, vuestro centinela destacado en tierras extrañas; que, donde quiera que yo esté, habrá atención para vuestra obra. Dadme, como hasta ahora, vuestra con-

fianza. Decidme, qué queréis que os traiga para México. Dadme—si me permitís parodiar mis viejos versos—«dadme obras que cumplir»

ALFONSO REYES

Alfonso Reyes

(De Revista de Revistas, México, D. F.)

"Y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves como siempre".

1

EL humanista ha regresado a la patria. En largos años de ausencia pulió su espíritu con el contacto de otras gentes, que en el Viejo Mundo elaboran el tesoro de la civilización. Su espíritu es el mismo, agil, vigoroso, sencillo, sincero, inasible. Su característica fué siempre la inquietud mental, la curiosidad inextinguible, el desbordamiento interior ceñido a lo que dictan el criterio ponderado y el gusto excepcional. Pero el instinto, que es intuición, constituye el fondo dinámico de su naturaleza: «La libertad—dice—será de aquel para quien el raciocinio sea un peldaño ligeramente tocado, rozado apenas.... La libertad del que se hace señas con las cosas». Alfonso ha pasado su vida guiñándoles el ojo en una complicidad perfecta.

Porque hay dos maneras de entender el mundo: la manera interior y la exterior. Quienes entienden la vida exteriormente, son los espíritus amplios; quienes interiormente la comprenden, son los espíritus profundos. El peligro de la amplitud es la superficialidad; el escollo de la profundidad, el aislamiento. El ideal sería, claro está, ser amplio y profundo a la vez; pero estos espíritus geniales son muy escasos: espíritus *marítimos*, llenos de misterios como el océano y transparentes como él. Plotino fue un alma original y profunda, pero impenetrable. Ni Dios mismo permitió que se le acercara sino una o dos veces en el calor del éxtasis. Erasmo y Voltaire fueron amplios espíritus, reflejaron su siglo, modelaron su época, abarcaron su sociedad; por eso han muerto un poco para las otras épocas y los siglos, que siguen pasando. Platón fué amplio y profundo a la vez, por eso todavía fulgura como una estrella fija, a la luz de cuyos rayos, que no calientan pero sí iluminan, podemos deletrear las bellezas del Fedro o del Fedón. Y la humanidad seguirá, indefinidamente, ante esa estrella fija del Atica, deletreando sus coloquios inmortales.

2

Nuestro amigo es un espíritu profundo, pero no deja de ser un amplio espíritu. Jamás vivirá recogido en su torre. Como el renaciente francés, deja que entren a su biblioteca los rumores del tumulto social; pero sabe salvar el alma, porque, al fin, no es del tumulto, sino del ideal. Aun en el solar castellano asistía al desenfreno de nuestras pasiones políticas, sin desencarnarse de la patria, pero sin que hasta él llegara el vaho de la sangre vertida, que a tantos nos nubló la vista con su trágico horror. En Madrid vivía en México. Ahora, en México, vivirá un poco en Madrid.

3

Alfonso posee la curiosidad de las ideas, sobre todo de las ideas bellas y sutiles. Las capta, las acaricia, las exorna sin prostituir las, las compone en ramilletes de gusto exquisito, las echa a volar. Después las llama de nuevo a su corazón, les sacude el polvo de las alas y las deja bien

avenidas entre sí, como si fueran una misma, a pesar de su constante variedad y su multicolora expresión. ¡Las ideas, estos alfileres lúcidos y enigmáticos como chispas eléctricas, con que todo lo medimos, el ser y el no ser y el llegar a ser; el Bien y el Mal, que se cambian uno en otro, como dice Renán, a la manera de los matices tornasolados del cuello de las palomas! Este es el gran bien, el solo bien del humanista. Mas, no penséis por ello que Alfonso sea un *mandarín*, es decir, un desocupado de talento que juega con los pensamientos como los niños con el agua. No, ni escribe sobre arena, ni funda sus castillos en el viento. Este ideólogo es un estilista ejemplar, acaso el más ejemplar de los jóvenes estilistas de América; pero el estilista y el ideólogo, sabe que, de todas las entrañas humanas, el cerebro es una víscera suprema y el corazón un músculo hueco lleno de amor. ¡Ay de aquél que ponga sobre el sentimiento la inteligencia! El pensamiento sólo es brújula, el corazón es el motor:

«A mí, que donde piso siento la voz del suelo
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿qué buscas con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?»

4

Al pisar de nuevo esta tierra mexicana, tan reacia siempre al despotismo y tan demente de ilusiones sociales y políticas, nunca saciadas; tan abonada con sangre y dolor, debió el viandante alucinado sentir el grito doloroso que se escapa de los poros de las piedras y no logran oír las gentes en su fatídico y premioso afán. Estamos como antes. Somos como siempre. Un pueblo que se excita con su propio dolor y se envenena con sus anhelos delirantes. Pero, ¿no son así todos los pueblos de la tierra? Los de Europa, ¿no son así? ¿España, que expulsa a Unamuno y confía sus destinos a un marqués, no es así?

5

Pronto saldrá de nuevo de la patria el viandante, pero no para volver a templar su alma en la augusta severidad de los paisajes de Castilla, que tantos ingenios labra para honra perdurable de la cultura latina; sino para enderezar sus pasos hacia la metrópoli de la civilización española en América, hacia la ciudad que Darío llamó Cosmópolis.

6

Nosotros quedaremos en casa, viendo alejarse a los amigos o regresar, como el indio a la puerta de su choza («cuyo techo pajizo desfleca el huracán», que dice Chocano), ve ponerse el sol en el Poniente rojo y dorado. No tenemos ya el derecho de sentir ilusiones. Difícil es vencer la amargura que deposita día a día en el alma, el desarrollo aún no terminado, y que parece interminable, de una revolución. Nacimos en tiempos bonancibles, «y otra vez, golondrina de los recuerdos, vuelves, como siempre... Lo que aconteció en México el año del Centenario, fué como un disparo en el engañoso silencio de un paisaje polar: todo el circo de glaciales montañas se desplomó, y todas fueron cayendo unas tras otra. Cada quien, asido a su tabla, se ha salvado como ha podido»...

La vida que tuvimos algunos por delante, ya empieza a dejarnos atrás. Otras generaciones literarias nos alcanzan. Renuévase el ambiente intelectual. Nuevos poetas cantan otra canción.

Los jóvenes de ayer son hombres ya. Aun la amistad, que creímos perdurable, se ha deshecho. ¡Siga de frente el humanista a quien la vida se ofrece en toda su integridad y plenitud!...

ANTONIO CASO

A los maestros de Costa Rica

No pude, amigos queridos, llegar hasta Uds. i ya no podrá ser, porque tengo mi cuerpo rendido de viajes, aunque el alma desee seguir caminando.

Ha sido pena grande no ir, i sé cuánto he perdido.

En todas partes me he encontrado con maestros costarricenses i he procurado, a través de ellos, ver un poco esa patria llena de sentido humano, que Uds. han hecho mía, al darme comprensión grande, i cariño.

Procuraré hacerles llegar mis trabajos para los niños. Así, mi visita será cumplida, i muchas veces cada año.

Nunca olvidaré—porque es suceso en mi vida—que Uds., pobres como somos todos los maestros de América, cedieron un día de su trabajo para costear mi viaje a Costa Rica. Presente más profundo yo no he recibido.

Muchas i muchas veces gracias.

GABRIELA MISTRAL.

Milán, 1924.

El oro del Masaya

Esta vez no hablaré del petróleo del Petén ni del carburo de Armenia, sino del oro del Masaya, de un fraile y de una sociedad anónima.

Las cosas sucedieron allá en los primeros tiempos de la dominación española. Era entonces el Masaya un excelente tipo hawayano de actividad volcánica: su cráter presentaba en el interior una meseta anular en cuyo centro, en el fondo, se encontraba continuamente un lago de lavas fluidas, borboteantes, incandescentes y de color amarillo... «¡Oro!», dijeron los españoles, «¡oro, oro!» repitieron codiciosamente.

Todos quisieron ser dueños del tesoro, y entre ellos se distinguió un fraile, Blas Iniesta del Castillo, quien concibió el proyecto de sacar ese oro que tan bellamente hervía en el «infierno de Masaya» (como se decía entonces) y más aún en la imaginación de los codiciosos conquistadores.

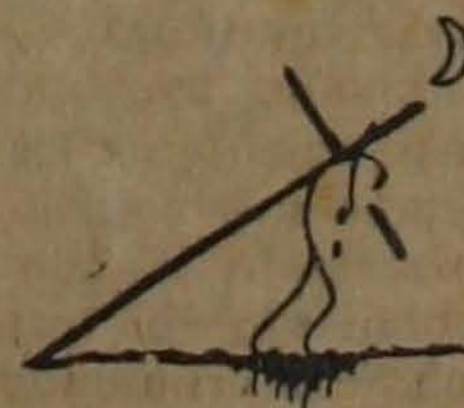
Así fué que Blas Iniesta del Castillo penetró con otros a la meseta interior del referido cráter, y desde allí arrojó una cuchara de hierro suspendida en el extremo de una cadena, para sacar con ella el oro; pero éste no subió, ni aun siquiera la cuchara, pues quedó fundida en aquel lago de fuego...

No por eso desfalleció el fraile: quería sacar oro, y debía sacarlo de cualquier modo; para ello formó una compañía, (una sociedad anónima, diríase hoy), y el resultado fué espléndido para él, pues el cronista de quien tomo estos datos, con no poca picardía y no menos ingenio, agrega. «... e dycho frayle sacó mucho oro, mas no del volcán, sino del bolsillo de sus asociados.»

La historia se repite con frecuencia, y los negocios como el de Blas Iniesta del Castillo, se hacen a menudo.

JORGE LARDÉ

(De La Nación, San Salvador).



El traje azul

(De *Mundo al Día*, Bogotá).

UNA vez le dije: ¿sabes? te sentaría bien el azul y el oro, los colores de Fray Angélico.

Y a la otra noche vino tocada de un traje azul leve como la niebla. En el parque inmóvil todo estaba lleno de luna y de perfumes violentos. Entre el follaje de las eras, su cabeza aparecía como una flor mórbida y viva, erguida sobre el tallo celeste, una flor de ojos enormes cargados singularmente en aquel minuto con el hondo misterio del universo.

Yo me pregunté qué más podría apetecer mi felicidad que aquel traje azul dentro de aquella honda noche. ¡Nada más! Y la exaltación máxima me embriagó porque vi realizarse en un instante fugitivo no sé qué soñadas similitudes de color y de forma, de alma y de ambiente.

Vi revelarse súbita y simultáneamente las dos cualidades tutelares que busco con ahinco en las cosas: la armonía y la sutileza. ¿Cómo? No sé, pero sin duda en aquel momento la figura maravillosa estaba dotada de un secreto poder expansivo tan enérgico, que al presentarse, dió el tono en derredor: como por un extraño mimetismo, todo lo que había en torno se hizo azul: luz, aire, árboles, senderos y hasta mi alma misma subordinóse obediente al matiz dominador de ese traje y de esos ojos; sí, yo comprendí la analogía íntima de color que se suscitó entre mi alma y la mujer azul y entre la mujer azul y el ambiente sobrenatural. Hasta me figuro que en esta armonía increíble cupo su parte de influencia a los sonidos. Es verdad que comunmente el color de los sonidos y el de las voces es imperceptible, pero eso no significa que las voces y los sonidos no tengan color. En todo caso, hay instantes de revelaciones estupendas en que se perciben levemente las cualidades más inmateriales de las cosas; aquella vez, mi voz y la de ella eran azules entre la noche perfumada y parecía azul también la música inefable de las hojas.

El traje era sutil; es decir, ingrátido, inasible, fugitivo; soltándolo en el aire quedaría suspenso y titubeante como un plumón; comprimiéndolo cabría todo entero dentro de la mano de un niño.

Ahora bien: ella y su traje, al juntarse, penetrándose, se comunicaban un sinnúmero de virtudes bellas y ligeras; el traje, bajo las influencias estimulantes de la carne y del espíritu, se hacía vivo, con vida sensible y singularmente humana, vida pequeña y suave robada a ella, integrada por sus flúidos y sus aromas, por esa parte vaporosa del alma que sale al través de los poros y se incorpora a los objetos que nos rodean, vitalizándolos un poco, animándolos casi. Vida robada a ella, pero que asumía sin embargo una cierta independencia propia. En efecto: al influjo de la sangre potente, la tela se despertaba, se desperezaba, se erguía, volviéndose mimosa y amorosa, iniciando el abrazo y la caricia, ciñéndose con ávida inquietud en torno de las formas, pegándose a los brazos desnudos, deslizándose en medio del pecho como un pálido líquido sumiso.

Y en cambio de esa anímula cariñosa y humana que recibía de ella, el traje le daba a ella la alegría enérgica, la exaltación eufórica que despierta en el cuerpo el contacto de las telas nuevas, suntuosas y flexibles; la excitaba a marchar, erguida sobre los senderos; le infundía algo de esa alma aérea y luciente de las sedas azules, haciéndola al mismo tiempo más lejana y más ágil, más ligera y más flexible; suavizaba los contornos de la carne maciza, y regía el movimiento—el traje influye siempre en el ritmo de la marcha—imprimiéndole un paso dulce y firme, elástico y delicado; pero sobre todo—y más que

ningún otro traje a ninguna otra mujer—la rodeaba de enigma terrible: en el sutil velo azul encontraron sin duda aquella noche tanto misterio sus ojos fantásticos y su corazón contradictorio.

En realidad, en el traje residen toda la fuerza, todo el peligro, todo el misterio de la mujer. Desnuda ¡oh enemiga! sólo eres un pobre sér prisionero y débil, un alma cándida y cristalina que no tiene nada que esconder.

LUIS TEJADA

Luis Tejada

Vencido por cruel enfermedad, que destruyó en poco tiempo sus fuerzas, falleció ayer (1) en Girardot Luis Tejada, y apenas si podemos lamentar esta amarga noticia. Dejamos para después el homenaje que merece el amigo y el ilustre compañero.

Nos abandona Tejada en plena juventud, cuando su hermoso talento, uno de los más privilegiados de la generación actual, estaba en una fecunda florecencia, y permitía esperar, para gloria suya y de la patria, una intensa y noble producción.

En el periodismo colombiano dejó Tejada páginas incomparables; páginas que perdurarán, por su forma impecable y por su fondo ideológico, siempre original y admirable. Tejada poseía, como pocos, el arte único y supremo de escribir bien. Sus crónicas eran una maravilla de estilo y de facilidad, y no había lector que no encontrara en su lectura un delicioso placer. Además de un consumado estilista, fué Tejada un pensador, enamorado de las ideas nuevas, revolucionario y demolidor. La actual organización social, por tantos aspectos inicua, indignaba a Tejada, que soñó siempre con la ciudad futura, en que todos seríamos hermanos, y seríamos felices; en que no habría odios ni envidias, ni miserias, ni todas estas abominaciones contra las cuales peleó Tejada con todas las fuerzas generosas de su alma, sin lograr, ay! ver realizado ninguno de sus anhelos.

Pero Tejada no era tan sólo una inteligencia. Era también, y acaso principalmente, un corazón de oro. El predicaba bondad y renovación, y amor, porque era bueno, porque nunca vió cosa alguna de esta tierra bajo el ángulo del odio, porque sentía las ansias vivísimas de un cambio fundamental.

Casado con una dama distinguidísima, Tejada fué el esposo modelo, el compañero inseparable, que supo de todas las ternuras. Dejar a su joven esposa, fué sin duda el supremo dolor de Tejada, que sin embargo tenía valor suficiente para mirar cara a cara a la muerte.

Enviamos nuestro pésame a la señora viuda de Luis Tejada y a toda su familia, y colocamos sobre su tumba el homenaje de nuestra admiración y de nuestro dolor.

Hacemos extensivo este pésame a *El Espectador*, en cuyas páginas dejó Luis Tejada toda su obra breve y admirable, para honra inmarcesible del colega, hoy enlutado por la pérdida de un colaborador cuyo nombre queda inscrito con letras de gloria en los anales de nuestro periodismo.

(El Tiempo, Bogotá)



(1) A mediados de setiembre pasado murió Tejada.

Apropósitos

(De *El Sol*, Madrid)

El vuelo hacia América

YA está terminado, según el testimonio gráfico de *Die Woche*, de Berlín, uno de los zeppelines que harán el servicio entre Sevilla y Buenos Aires. Cuando el primero de ellos cruce la distancia entre uno y otro hemisferio, su viaje será, sin duda, el acontecimiento más importante de la época. No sólo porque ganará un *record* de navegación aérea, hecho también de gran importancia en un momento en que las miradas de la humanidad siguen anhelantes a los hombres que se han lanzado a envolver en un vuelo la cintura del mundo, sino particularmente, por su trascendencia política.

Entre España y la América española, es decir, entre el mundo español, se interponen ahora, desarticulándolo, los veinte o veinticinco días de navegación marina. Muchos de los fenómenos sociales que se realizan a uno y otro lado del mar pueden explicarse por este desgarramiento del conjunto nacional. Yo lo digo así, porque no puedo comprender, a diferencia de los predicadores del hispanoamericanismo, que se hable de España y de América como de dos entidades distintas. Más exacta me parece, en vez de una división nacionalista, una división ideológica. De este modo se lograría, por lo menos, dándole a las denominaciones el sentido que tuvieron a principios del pasado siglo, descubrir que un español puede representar exactamente a América y un americano a España. Si comenzáramos a decirlo tal vez conseguiríamos sentirnos inmediatamente más unidos y más separados de lo que nos hacen creerlo las otras sugerencias.

Pero tampoco ganaríamos gran cosa con el esclarecimiento teórico. La teoría, en realidad, no ha logrado aun, ni en España ni en América, esclarecer ningún problema político. Lo que hace falta es que los problemas se esclarezcan objetivamente. Que los pueblos españoles de ambos lados del Atlántico tengan la sensación física de su contacto. Que las palabras lleguen calientes a los oídos de uno y otro, y que ambos perciban los latidos de su sangre. Entonces, cuando se suprima la anestesia de los veinticinco días de viaje, y nada más que en tres vayan y vengan los hombres y los diarios, el acontecimiento de aquí será el de allá y viceversa.

Lo más trascendente de lo que ocurrirá en seguida será la unificación de la cultura occidental. Porque, hasta ahora, la América española es un fragmento de la cultura europea, escindido de Europa. Esto lo sabe quien sepa que muchas ideas de nuestra edad no han pasado todavía el mar, y esto ocurre por la sencilla razón de que hace cincuenta años la vida espiritual de los pueblos de Europa se elabora en los periódicos, y nadie, ni en América ni en ninguna parte del mundo, es capaz de leer un periódico con un mes de retraso. Para que América sienta íntegramente a Europa es necesario que la multitud americana—la multitud, no unos cuantos escogidos—lea los periódicos europeos, y para que los lea es indispensable que lleguen a ella con el vahab de las prensas.

Al señalar este aspecto de la comunicación interoceánica se dice desde luego que España es el nexo ineludible entre ambos continentes. Ninguna de las tonterías americanas podrá impedir nunca que, cuando en América se diga Europa, se diga ciertamente España. Sobre todo, porque la América española no tiene ni puede tener otro medio de comunicarse con Europa que por intermedio de España, de la misma manera que el Canadá y los Estados Unidos necesitan fatalmente de Inglaterra como intermediario.

Los vuelos políticos

Según voy caminando por las tierras de Portugal me sorprende en los pueblos y en las ciudades el entusiasmo por la hazaña de los aviadores Brito Pais y Sarmiento de Beires y el mecánico Gouveia, que han hecho el *raid* aéreo de Lisboa a Macao. El acontecimiento se celebra en todas partes como un suceso superior a los trances políticos y a los triunfos deportísticos. El pueblo advierte que no se trata de un simple deporte ni de un acto de valor. Un pueblo tan agudo para distinguir el horizonte espiritual de la patria como el portugués no puede equivocarse en su entusiasmo. Cuando las erogaciones para celebrar la vuelta de los aviadores se nutren copiosamente con los escudos de los ricos y con los centavos de los pobres, no es posible ver en el desprendimiento popular nada más que un homenaje a los héroes. Lo mejor es detenerse un instante a observar el significado mismo de la empresa. Particularmente si él, como ahora, no atañe sólo a un país sino a uno de los grandes conjuntos raciales de la Humanidad.

Desde luego, el *raid* de los aviadores portugueses, nada más que como *raid* aéreo, tiene una importancia de segundo orden. Cuando uno de los aviadores que están intentando la vuelta al mundo logre su propósito, tampoco podrá señalársele una gran trascendencia al suceso. Porque el acortamiento de las distancias entre los hombres no tiene mucha importancia si no sirve para unir a los que desean realizar una obra de mejoramiento humano. Los aviadores que vuelan en torno al mundo no tienen otro propósito que volar. La ruta que descubran puede servir, tanto para mejorar a los hombres como para destruirlos. Las consecuencias de sus vuelos son todavía imprevisibles. Ellas serán, sin duda, las que los valoricen. Pero, entre tanto, no tienen otro valor que su estricto valor experimental.

Los vuelos de los aviadores portugueses tienen, en cambio, una intención superior a la de trazar un nuevo camino en el mundo. Los aviadores portugueses vuelan para unir a los grupos dispersos de una misma raza. Para darle unidad activa al conjunto racial. Los antiguos navegantes de Portugal y de España descubrieron las tierras en las que había de dispersarse la raza. Los aviadores de hoy, reduciendo a horas las distancias de meses, la conglomeran otra vez y le dan una potencia inesperada a sus conquistas terrestres. Por esto, sus vuelos, antes que experiencias científicas o actos heroicos, son acontecimientos históricos.

Para los pueblos iberos de Portugal, de España, de América y de Asia no puede haber actualmente suceso político más importante que el vuelo sobre los mares. Cuando los zeppelines vayan regularmente de Sevilla a Buenos Aires, y los vuelos de los aviadores portugueses se hagan cotidianos, el poderoso impulso que adquirirá la acción política de la raza borrarán hasta el triste recuerdo de los incidentes actuales.

Coimbra

La emoción del hispanoamericanismo

Sin duda, el señor que ha tenido la bondad de escribirme desde Bilbao, comentando mi artículo *El vuelo hacia América*, tiene un sentido poético de la vida. Concibe el hispanoamericanismo como una armonía de la Naturaleza. La compenetración del hombre con la tierra. Pero si el hombre no puede arraigar en el suelo y recibir directamente en sus venas la savia de la patria, puede, en cambio, sembrar un árbol, y regarlo, y podarlo, y sentir a su contacto que los estremecimientos internos de la tierra nacional llegan hasta su alma por las ramas del árbol y las puntas de sus dedos. Mi corresponsal, español nati-

vo, ha hecho que sus hijos, nacidos en la Argentina, planten un árbol en España, y, como en un rito pagano, les ha pedido la promesa de que vendrán a recoger sus frutos.

Yo no me atrevo a negar la belleza de esta concepción bucólica de la patria. Tiene, indudablemente, un poco del sentimentalismo fresco e ingenuo de los hombres primitivos, de los pueblos pastores, para los cuales la patria era el árbol que les daba sombra y fruto, la tierna hierbecita del monte y la dulce paz del rebaño. Ahora mismo estoy en una aldea pastoril, oyendo constantemente el balido de las ovejas, y, por influjo del ambiente, he sentido con mayor intensidad la emoción de la carta de mi correspondiente.

Pero todo el mundo no es una aldea, y hace muchos siglos que los hombres no se dedican al pastoreo. La patria es hoy una cosa menos apacible que un huerto. En sus últimos momentos, cuando la guerra europea devoraba millones de hombres, Mauricio Barrés puso de moda el culto a los muertos. La patria, según su doctrina, no era sino el polvo de nuestros antepasados. Pero, a decir verdad, los pueblos que no intervinimos en la guerra y aun los que la sufrieron, hemos olvidado ya a nuestros antepasados, y no tardaremos en olvidar a los mismos muertos de hace cinco años.

Lo peor para el hispanoamericanismo y para toda concepción de la armonía de los pueblos sería reunir a los hombres en el amor a los cementerios. La tumba, como la historia escrita, no es más que un dato erudito. Nuestros antepasados, del mismo modo que la historia vital, viven espontáneamente en nosotros. No es necesario ir a buscarlos bajo tierra. Basta con sentirlos palpitando en nuestra sangre.

El hispanoamericanismo, a mi juicio, no puede realizarse más que por la formación en un conjunto orgánico de los españoles—los que hablan español—de la misma idea. No digo simplemente de los españoles, porque se muy bien que entre un socialista y un conservador, aunque hablen el mismo idioma, no puede haber contacto ninguno. Estoy seguro de no pensar en una formación conservadora. Pero creo que un conglomerado monárquico, interoceánico, con propósitos imperialistas, sería también un fuerte núcleo hispanoamericanista. Si hoy hablamos de hispanoamericanismo y proponemos tantas formas de realizarlo, se debe precisamente a la estupidez de la Monarquía tradicional que no logró enterarse nunca de que España era un gran imperio americano. Hoy sería muy bueno que se hablase de un vasto imperialismo español. Sobre todo, para que los demás hablásemos de otra manera.

Luso.

El viaje del campesino

Desde sus sembrados, un poco más allá del mediodía, el campesino ve pasar la masa veloz del gran expreso de lujo. El campesino sólo puede ver la masa enorme que corre. Las gentes que van en el coche-salón le ven a él como un detalle del paisaje. Sin embargo, así como el campesino no sabe nada del coche-cama, la gente del tren de lujo no sabe nada del campo. Para ésta, todas las fatigas de la labranza no son más que paisaje, y para aquél, todas las comodidades del gran expreso no son más que velocidad.

Tres horas después, cuando el campesino da todavía golpes con la azada, pasa otro expreso. El campesino tampoco logra verlo. Lo único que sabe de él es que corre tan rápidamente como el otro. Así, el problema de los trenes se plasma en su mente como un problema de rapidez. No logra percibir otras diferencias. Si tiene que concretar su juicio sobre los trenes, lo hace categórica-

mente: los trenes rápidos son para la gente apresurada de la ciudad; los trenes para los campesinos ya irán más despacio.

Efectivamente. Más tarde, al atardecer, el campesino tiene que ir a la ciudad. Pero entonces están pasando los trenes de la clase media. El campesino sabe que estos trenes se detienen en la estación de su aldea. Mas no para llevarle a él. Se detienen para llevar al señor boticario, al señor cura, al señor médico y al señor alcalde. Para ir a la ciudad, el campesino tiene que esperar, durmiendo en el andén de la pequeña estación, hasta la media noche. Su tren, el de tercera, el que va tan despacio como sus bueyes, llega a esa hora. Viene recogiendo las mercancías, los animales y los labriegos del camino.

Pero como en cada una de las puntas de su trayecto hay una gran ciudad, lleva también al obrero que va en fuga o expulsado. Y mientras el tren desarrolla pesadamente su larga caminata nocturna, parándose horas en las estaciones y en los desvíos, para que pasen los grandes expresos que regresan, el obrero, brillantes las pupilas en la penumbra del coche, describe los trenes que pasan y explica que éstos llegan a la ciudad en tres horas, en tanto que el de los campesinos tarda doce. Sólo que el campesino no le escucha. El campesino, acostumbrado a todas las durezas, duerme con el mentón apoyado en el pecho.

En la ciudad, vagando por las veredas hasta la hora de su tren, se le ocurre relacionar su idea de los grandes expresos con el ambiente de la calle, y no comprende para qué necesitan trenes tan rápidos esa gente que pierde tanto tiempo charlando en los cafés. El campesino percibe la ciudad como un denso conglomerado de gente ociosa. Pero su mente no desenvuelve esta primera impresión panorámica. El campesino no comprende ni le interesa lo demás. Los carteles y las palabras rojas de los obreros le asustan demasiado para comprenderlas.

No obstante, en su impresión, en la mecánica de su impresión, hay un problema profundo. Porque el campesino es España y Portugal, Brasil y Argentina, México y Colombia, Perú y Paraguay: la raza, en suma.

CÉSAR FALCON

Lisboa.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).....	7.00
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdly: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poetas originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odissea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	4.00

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Un Juez rural

=Del sugestivo libro UN JUEZ RURAL, Santiago de Chile, 1924. Al bondadoso amigo Pedro Prado le damos las gracias por el ejemplar que nos ha remitido.=

El almácigo de cebollas

GRANDES risas y agitación de gente al lado afuera de la puerta, hicieron que Solaguren, molesto, levantara la cabeza.

Un mujer hablaba con ira contenida.

—Hágalo entrar, guardián. Es mi turno. Que entre... ¡No faltaba más!

—Es la señora de las cebollas—explicó el secretario. Su demandado resulta ser Don Beño. ¡Don Beño! ¿No lo conoce? Es un tonto muy ladino.

A rastras de un guardián, sofocado y rojo por el esfuerzo, penetró un hombrecillo bajo y menudo, metido dentro de ropas viejas, enormemente holgadas. Los pantalones que le subían por delante hasta el pecho, abajo se desflocaban en largos girones, pisoteados por sus zapatos grandísimos, verdaderos botes flotantes.

El secretario, perdiendo toda compostura, dió en gastar una fácil e irónica familiaridad con el cretino.

—Adelante, Don Beño. Sírvasse sentarse. Aquí queda usted mejor!—y tomando una silla la puso bajo las posaderas del infeliz.

Sentado, con las piernas colgantes, la cara simiesca, ráfagas de miedo, de tímidas sonrisas, de aparentes astucias al estirar el hociquillo movable como el de un can adúlón, Don Beño, las manos entre las piernas, atortillando su raído sombrero de paja, era un demandado original.

—En una cancha de bolos que tiene un despachero de El Arenal, he venido a encontrar a este sinvergüenza—dijo la demandante, indignada con el recuerdo de todas sus molestias y correrías.

Mujer no mal parecida, aunque obesa y cuarentona, cuidaba aún de su figura: mantilla a la cabeza, aros de granates en las carnosas orejas, reloj de oro al pecho, colgado de un prendedor en forma de paloma en vuelo que llevaba en el pico ancha cinta de turquesas con un romántico «Recuerdo» en gruesas letras de oro. Aquel anclado recuerdo subía y bajaba a compás del grueso oleaje.

—Sírvasse repetir su demanda—dijo Solaguren—¿Es un asunto de unas cebollas?

—Sí, señor juez; almácigos que este ladrón me vendió sin ser el dueño. Unas amigas me dijeron que en la Población Garín habían visto unos almácigos de cebollas. Tengo una propiedad en El Blanqueado, trabajo en chacarería y prefiero únicamente tener verdura temprana o tarde, porque los precios son mejores y el terreno que poseo no me alcanzaría para vivir bien si así no lo hiciese.

Era en vísperas de San Pedro de Alcántara; ya el tiempo estaba muy avanzado; no podía esperar un día más. Fuí a ver los almácigos. Este hombrecito salió a recibirme. Le pregunté si él era el dueño y me dijo que sí. No se veían mal las melgas, y le ofrecí comprárselas todas. Aceptó el precio. Al indagar si pedía pie en dinero para que quedasen desde ese instante por mi cuenta, me lo exigió. Preferí pagarle el valor total: cincuenta pesos. No fuera después a arrepentirse! Al volver en la tarde de ese mismo día con un carretoncito para comenzar a llevarme mi compra, sale otro señor diciendo que él es el dueño, que no sabe nada de ventas, ni de cincuenta pesos; y como yo insistiese, me sacó afuera a empujones.

Preguntando en la vecindad supe que él era, en realidad, el dueño, y no quien me había vendido las cebollas.

Al muy bribón lo había visto por el lado de El Arenal. ¡Pero de mí no se ríe nadie! Y aunque ya han pasado tantos días, aquí lo tiene usted para que haga en él un escarmiento!

—¿Qué dices tú, niño?—preguntó a Don Beño, Solaguren.

—¿Yo? ¿Yo...?

—Sí, tú!

—¿Yo?

—Sí, hombre, ¿qué dices? ¿Esta señora te dió cincuenta pesos a cuenta de unos almácigos?

—Cincuenta, sí, cincuenta.

—¿Qué los hiciste? ¿Cómo te has puesto a vender lo que no es tuyo?

—Quiso comprar... Quiso comprar...

Un guardián se asomó anunciando a un señor Orazarte.

—¿Orazarte? espere—indicó el secretario, revolviendo unos papeles—Jerónimo Orazarte—explicó a Solaguren—el verdadero dueño de los almácigos.

—Que entre—ordenó el juez.

Un campesino viejo, de barbas bíblicas y ademanes lentos y graves, penetró con una seriedad no exenta de cierta nobleza.

—¿Don Jerónimo Orazarte?

—Sí, señor. He sido citado por la policía.

—Se trata del asunto de las cebollas ¿qué puede usted decirme?

—A don Beño lo tenía ocupado por mi cuenta para que desmalezara mis siembras. Dice esta señora que él le vendió todos los almácigos en cincuenta pesos y que se los pagó anticipados. ¡Cincuenta pesos, señor, por siembras que valían doscientos! Son más de cien varas de melgas muy tupidas... Por lo demás, yo no tengo nada que ver en el asunto. Pero ¿cómo es posible que ella no reparase en que don Beño no está en sus cabales?

—¿Qué replica usted, señora?—indagó el juez.

—¿Cómo iba a saber yo que es un tonto?

Y no lo será, cuando le sobra inteligencia para engañar a la gente honrada.

Solaguren no podía ocultar una vaga sonrisa placentera.

—Don Beño—dijo—¿tiene algo que agregar?

—¿Yo? ¿yo?—exclamó el infeliz con el más cómico de los asombros.

—El juez se alegra—comenzó a decir Solaguren—de ver este asunto con meridiana claridad. Quiera el destino que todos los casos que en adelante se me presenten sean lo mismo. Siéntense ustedes. Escriba, secretario, la sentencia.

«En el caso de don Beño o del almácigo de cebollas, el Juzgado desestima la demanda, porque no es verdad que existan en transacciones de negocios los llamados tontos pillos. Sucede que nuestra avaricia es más ciega que la más torpe de las simplezas ajenas; es ella la que nos reduce a un grado inferior de estupidez al de los cretinos públicamente reconocidos».

—Señora, —dijo Solaguren, dejando de dictar y dirigiéndose a la demandante—comprendo su vergüenza, pero usted perdone: antes que el juez, había dictado sentencia en su contra la vida misma. Pasados tantos días ¿de dónde quiere usted que extraiga cincuenta pesos de Don Beño?

—Yo voy a reclamar en Santiago de la conducta del juez—dijo indignadísima la mujer, saliendo a espeta perros.

—Está usted en su perfecto derecho—respondió Solaguren.—Y usted, don Beño, vaya en paz!

El hombre de la cabeza rota

—¿Hasta cuándo vamos a seguir viendo a ese hombre de la cabeza vendada?

—La policía ha citado varias veces a los asaltantes, y sólo hoy han venido, dijo Galíndez.

—¿Y dónde están?

—Son una anciana y dos mujeres, buena gente al parecer. Usía perdonará, pero creí que debía seguir el orden...

—Ese hombre, siempre con los mismos vendajes sucios de mugre y de sangre seca, me produce náuseas—interrumpió Solaguren.—¡Vea como se asoma con su cara de dolor angustioso! Ya va una semana larga que lo veo en igual traza; es posible que de ignorante y sucio se le estén pudriendo las heridas.

—No crea, Usía. Lo hace sólo...

—Dígale que entre.

El hombre de la cabeza rota no se hizo llamar dos veces.

—¿Usted es el maestro Juan Norambuena?

—Sí, señor juez.

—¿Llegaron por fin sus demandadas?

—Afuera están hace rato.

—Hágalas pasar.

—¿Quiere, secretario, leer la demanda?

Entraron en silencio las tres mujeres.

—Juan Norambuena, de oficio carpintero, domiciliado en calle Vargas, sin número, viene en demandar a Jesús Alderete y a sus hijas Rosa y Emilia que viven en Andes, también sin número, entre Villasana y la calle que sigue al Poniente, acera norte. Dice Norambuena que, al entregar a las demandadas unas sillas que le habían mandado a componer, y cobrar su trabajo, no quisieron pagárselo, alegando, falsamente, que él también les debía, y como Norambuena insistiese en que si no se le cancelaba iba a retirar dichos muebles, Jesús Alderete y sus hijas Rosa y Emilia arremetieron contra él, enarbolando las mismas sillas que acababa de componer, rompiéndoselas en su propia cabeza. Los golpes le hicieron manar tanta sangre, que quedó, aturdido. Viene por lo tanto a pedir que el Juzgado castigue a la Alderete y sus hijas, previo pago de las costas de esta querrela, y de lo que se le adeuda por su trabajo, suma, esta última, que estima en treinta y cinco pesos. Firmó a ruego de Juan Norambuena, por no saber hacerlo, Diego Alvarez Lantadilla».

—¿Ha oído, señora, la demanda del maestro Norambuena...?

—Hablen ustedes, niñas! imploró la señora Alderete, anciana gibada y temblorosa—Hablen ustedes!

Las llamadas niñas, mujeres ya mayores y encanecidas, con mantos y trajes negros y viejos, pero limpios y cuidados, se miraron con inquietud.

—Lo que dice el maestro...—comenzó la mayor.

—Esta es la Rosa—murmuró el secretario.

—Lo que dice el maestro es una falsedad. El mismo se había ofrecido gratuitamente a componernos tres sillas que estaban despegadas, y a las que le faltaban algunos barrotes. Era conocido de la casa y no iba a pedirnos un centavo por algo tan poco. El Domingo antepasado, cuando nos llevó las sillas, serían las once de la noche, ya estábamos recogidas. Al principio no quisimos abrirle, porque el maestro Juan suele beber y se pone muy odioso; así resultó andar esa noche. Salió Emilia a abrir, y él al verla en camisa quiso sobrepasarse. A los gritos de Emilia, yo y mi mamita fuimos a favorecerla. Pero el hombre estaba cegado y no la soltaba. Con lo primero que pillamos le dimos por donde caía. Esa es la verdad.

—Así no más fué, señor juez—confirmó la anciana.—Así no más fué; y es mucha vergüenza para esta pobre vieja andar metida en estos pasos, y que luego se comente lo que han querido hacer con una de sus hijas.

—Somos pobres, señor, pero vivimos de nuestro trabajo, y nadie, nadie, tendrá nada que decir de nosotras!—exclamó Rosa.

—Sí, señor, como buenas, mis hijas son buenas; todos los días tengo que darle gracias a Dios por ello. Un poco

vivas de genio, talvez; pero cómo no hay hombre en la casa—yo soy viuda y las dos han quedado solteras—si así no lo fuesen, talvez sería para peor.

—Y usted, maestro Juan ¿qué replica?

—Mentiras y más mentiras. ¿Por qué entonces no acudían nunca a la citación que les hizo, hace ya más de una semana, su señoría?

—Hicimos mal—declaró la anciana—debíamos haber venido. Pero nos daba miedo. Nunca nos viéramos metidas en nada semejante. Jamás, antes de hoy, hemos pisado la sala de un Juzgado. Vivimos solitas en nuestro rincón. Y luego... la vergüenza de Emilia! Yo quise venir, pero me lo impidieron. La pobre chiquilla me decía que ella, antes preferiría morirse. También los pobres tienen su delicadeza.

Emilia, humilde cincuentona, encendido el rostro hasta parecer que la sangre le iba a brotar, miraba hacia la puerta de salida buscando esconder su confusión; Rosa palidecía por momentos; sólo la anciana, un tanto temblorosa, lograba dominarse.

—¿Quiere que veamos sus heridas?—dijo de improviso el juez.

El carpintero se turbó, pretextando que tenía las vendas pegadas.

—Con un poco de agua... Galíndez ¿quiere mandar por una taza de lavatorio?

—Pero, señor, y después...—insinuó el carpintero.

—El juez desea darse cuenta cabal del daño que usted recibiera.

De malas ganas, quiso que no quiso, con algunos visajes de dolor al desprenderse la venda inmunda, en partes tiesa y engrosada por la sangre seca, el carpintero fué sacándose su envoltorio.

El secretario en persona trajo un gran lavabo lleno de agua limpia, y una toalla rota y desflocada al brazo.

Eran tales la mugre y los pegotes, en los cabellos oprimidos, que no se veía herida alguna con claridad.

—Lávese primero—ordenó el juez—Más; más aún!

—Me puede entrar pasmo, señor!

—Tiene hasta barro pegado...

—Si me botaron al suelo...

—Por eso mismo, lávese bien!

Siempre quedó adherida alguna mugre tenaz.

—¿A ver? Inclínese un poco. ¿Dónde lo hirieron? Apenas tiene unos rasguños. ¡No; que también hay un costrón!

—Maestro Norambuena—dijo incorporándose el juez.

—Si usted tuviese más heridas y contusiones, yo no castigaría a la señora Alderete y sus hijas; no las castigaría, aun cuando el incidente haya ocurrido como usted señala, y no como ellas dicen. El espectáculo nauseabundo que durante una semana larga me ha venido dando usted con su cabeza cubierta con vendas llenas de suciedad y sangre seca, sus gestos por falsos dolores, su constancia en persistir deseoso de aparente justicia, me ha hecho saber que, si la sangre fresca perturba la serenidad y trae vivas ansias de penar el daño, la sangre seca produce la misma repulsión que los deseos vengativos.

—Señora Jesús—agregó dirigiéndose a la anciana—llévase a sus hijas, y si el maestro Juan las molesta, venga a hablar conmigo.

El carpintero quiso decir algo y salió molesto, arrastrando sus vendas. La vieja dió en llamarlo suavemente y hasta pretendió tomarlo de un brazo.

—Maestro Juan, maestro...

—¡Cuidado, señora!—advirtió el juez.—Usted ha vivido bastante y tiene el olvido fácil y el arrepentimiento inmediato, pero aguarde, al menos, que a él se la caigan las costras...

A los dominicanos

PARA la presentación de ciertos juicios o más bien de ciertas ideas que, al ponerse en práctica, contribuirían favorablemente al desarrollo social y material de nuestra República, la oportunidad no puede ofrecérsenos más propicia.

Y resulta mucho más favorable la ocasión, si tenemos en cuenta que en el ánimo de los dominicanos existe, con ansioso interés, en estos momentos, el deseo de determinar un cambio político-social que conlleve práctico beneficio para todo el país; es decir, la vivísima aspiración de adoptar un nuevo Programa que cimente la verdadera Paz, la verdadera Civilización y el verdadero Progreso.

Con la mira, pues, de contribuir a despejar la situación caótica que amenaza destruir no tan sólo la entidad de la Nación, sino que también su dignidad de pueblo soberano, ofrecemos a nuestros queridos compatriotas algunas consideraciones e indicaciones, resultado de modestas investigaciones que, con espíritu sereno e imparcial hemos derivado del material de comprobación aportado por la observación, la historia y la estadística, para la solución de estas cuestiones.

Sabido es, que frente al cuadro de injusticias, miserias y desconciertos existentes en las relaciones del hombre con sus semejantes, se ha manifestado siempre como consecuencia natural e ineludible, la lucha incesante por el mejoramiento de esas relaciones.

Así, al correr del tiempo, hemos venido resolviendo, sucesivamente, los problemas de libertad y educación: libertad del pensamiento y de la prensa, libertad de cultos y, por último, se inició—y en parte se implantó—la soberanía del pueblo en el ejercicio de sus derechos.

Hemos, pues, alcanzado todo esto en el desenvolvimiento de nuestra evolución social.

Empero, a pesar de ese progreso de indiscutible beneficio para las comunidades que mejor han podido defenderlo y practicarlo, es un hecho que la humanidad sufre aún las consecuencias de grandes errores fundamentales y que siente el anhelo de despejar incógnitas en el proceso de su evolución civilizadora.

Ese transcurso de desenvolvimiento social nos presenta ahora un nuevo problema a resolver: el de la CUESTIÓN ECONÓMICA.

Dada la índole del clamor y el carácter de las protestas de los pueblos; dado el impetuoso torrente de opiniones distintas y la discrepancia de ideas y principios a propósito de la apropiación y distribución de las cosas necesarias a la vida material; dada la alarmante condición que ya presenta esa arrogancia de los grandes imanes del capitalismo y de la plutocracia ante las formidables sacudidas de las masas oprimidas; dado el descontento amenazante de las clases explotadas que ya externalizan sus agravios con el desequilibrio armado de huelgas y partidos; dado, por último, que la conciencia del derecho ya nos hace militantes contra toda condición que nos imponga pobreza involuntaria, es innegable que las tendencias de las reformas sociales contemporáneas son de carácter económico y hacia ese fin se encaminan los esfuerzos de los que ven claro el fundamental problema.

La República es la socialización, tanto de los derechos políticos como de los derechos económicos del hombre.

José María Zeledón, pone en las manos amigas de Joaquín García Monge ese impreso que un compañero de Nueva York envía destinado al Repertorio Americano.

Un ligero ejercicio de la mente nos inclinará a pensar que tal vez lo que meramente se ha pretendido con la formación de los gobiernos representativos es hacer un ensayo de socialización contraria a la *monarquización* que, por decirlo así, observamos en los gobiernos absolutos; y también, que la forma representa-

tiva de ahora ha resultado ser, como lo es en efecto, un sistema incompleto y deficiente, porque ese ensayo de socialización se ha concretado únicamente al elemento ético, dejando *monarquizado* el elemento económico. De lo cual se deduce, que debemos considerar la actual forma republicana como un estado transitorio entre la monarquía y la democracia absolutas.

Analizando, vemos, que en la monarquía absoluta existe un potentado, dueño de vidas y haciendas, y que en la forma transitoria o republicana actual, tal potentado aperece despojado éticamente del poder de ser dueño de vidas, pero queda investido aún del poder, no menos despótico, de hacerse dueño de las haciendas de otros; esto es, enagenarlas a su voluntad. Ejemplo elocuentísimo de esa afirmación lo encontramos en los Estados Unidos de Norte América, en cuyo seno tanto se contrastan, el bien reconocido respeto a la vida, a la libertad, y a todos los derechos políticos del hombre, con las inhumanas prácticas plutocráticas y burocráticas, las marcadas diferencias entre la clase rica, la obrera y el pauperismo.

Podría argüírse nos, que esa forma transitoria, tal vez esté en perfecta armonía con el proceso natural de evolución; pero a eso contestaríamos, que a la altura en que nos encontramos hoy, ya hemos dejado a la zaga la letra de las constituciones republicanas y que la ley del progreso nos impele a entrar de lleno en las reformas que demanda la democracia absoluta: la verdadera República.

El razonamiento lógico robustecido por la observación, la historia y la estadística, nos enseña: que el tributarismo de los privilegios y el logro injusto de las especulaciones que no producen, pero que explotan y trafican, establecen como secuela inevitable, la arrogante Aristocracia y el *Pauperismo involuntario*.

Planteado así el problema, permítasenos manifestar que, a propósito de la faz económica que presenta asunto tan supremo, defendemos el principio de ECONOMISMO O INDIVIDUALIZACIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO ⁽¹⁾. Por este medio aspiramos a que se establezca entre el Gobierno y el Individuo una competencia directa en todos los ramos de industrias, comercio y finanzas. La adopción de este proyecto lleva consigo la cesación del privilegio de la propiedad privada de las tierras, ora por el individuo, ya por el Estado; y, asimismo, la supresión completa de todo impuesto fiscal, pues ambos convencionalismos puestos en práctica en conjunción con el plan de *Individualización Económica del Estado*, vendrían a resultar de suyo confiscatorios. Es más: tanto el *terratenientismo* como la exacción son reminiscencias de los tiempos feudales y procedimientos arbitrarios del tributarismo monárquico que en alto grado ofenden al decoro de los verdaderos principios republicanos, la justicia económica y la conciencia ética de la verdadera democracia. El objeto de la *Indivi-*

(1) Próximamente se dará publicidad a un libro contentivo de las explicaciones acerca de este principio.

dualización Económica del Estado es, pues, alcanzar por medio del sistema de socializaciones económicas la abolición de los impuestos, la libertad de las tierras, la apropiación pública de intereses colectivos y la apropiación privada de intereses individuales.

Este sistema de socialización ya se ha iniciado en parte, y son ejemplos de ello, la socialización del medio de cambio, o sea la moneda; la socialización de las vías de comunicación postal, telegráfica y telefónica; la socialización en muchas comunidades de las vías ferrocarrileras; del servicio de puentes y la de los paquetes postales.

¿Por qué no se completa la obra; acaso son éstas las únicas cosas socializables?

Una forma de gobierno instituida de acuerdo con estos principios, establecería justicia en las cuestiones económico-sociales, ya que automáticamente pondría en manos de la comunidad las cosas que son de interés colectivo y en manos del individuo aquéllas que son de propiedad particular; removería los obstáculos que hoy encuentra el pleno y natural desenvolvimiento de nuestro progreso material; aumentaría la producción de la riqueza, y distribuiría ésta en proporción al esfuerzo que se haga.

Establecida que fuera esta forma de gobierno, trabajar sería entonces la única condición requerida para que el individuo pudiera enriquecerse a su voluntad y en proporción directa a su capacidad productiva, puesto que los dominios de la naturaleza le serían libres para la aplicación de sus actividades, y el Estado se encargaría de proporcionarle los útiles y de cambiarle sus productos.

Tierra, hombres y útiles, forman la condición individual de la riqueza; el cambio de ella, su condición colectiva y socializable.

Por lo tocante a la faz ético-social que este problema presenta, permítasenos manifestar que hacemos causa común con aquéllos que defienden la doctrina del *Sufragio Plebiscitario* en toda su extensión: esto es, creemos que el derecho de los representados al ejercicio del voto, no debe cesar durante el período en que ofician los representantes, pues debe hacerse uso de ese derecho en cualquiera ocasión en que fuese necesario corregir los errores o delincuencias en que puedan incurrir los recipientes de ese voto. A ese respecto, abogamos por la implantación de las siguientes formas de sufragio Plebiscitario: «Sufragio Referendum», «Sufragio Iniciativo» y «Sufragio Destitutivo». La primera le otorga al pueblo el derecho de sancionar los proyectos de leyes; la segunda proponer y formular leyes, y la tercera, el de suspender a los funcionarios que elige, si no saben cumplir con sus deberes o si no han sabido colocarse a la altura que su cargo les exige. Más claro aún: en un sistema democrático que no sea una farsa, como resulta en muchos países, el control sobre las funciones legislativa, judicial y ejecutiva corresponde al pueblo y debe estar siempre en manos del pueblo. Puede ocurrir, y ocurre sin duda, que el pueblo desee la promulgación de una ley que afirme costumbres sanas o destruya torpes abusos; puede suceder, también, que un parlamento desconozca las inclinaciones populares o rehuse aceptarlas. Entonces surge la iniciativa: el pueblo, *auctoritate propria*, ordena al parlamento que discuta y apruebe la ley que desea. En materias económicas el «Sufragio Referendum» es decisivo en Suiza, en Noruega, en Dinamarca. Se trata de edificar una escuela, de abrir un camino, de tender un viaducto, de contratar un empréstito, de adquirir un puente, y no se confía esa obra a unos pocos caballeros, diputados o concejales; el pueblo decide en forma suprema y absoluta por la potestad de la mayoría. Y el «Sufragio Destitutivo» pone coto, como lo hemos dicho, a las demasías de los gobernantes o rectifica las equivocaciones que se pudieran cometer eligiendo a un inepto o a un mal intencio-

nado que aparentemente se hiciese digno de las aspiraciones del pueblo.

Así, pues, queridos conciudadanos, con entera honradez y como dictado de conciencia os alentamos a protestar contra todo aquello que tenga la más remota semblanza de opresión; a que seáis eternos vigilantes y defensores de vuestras *verdaderas libertades*. Pero, en nombre de la humanidad, os exortamos también a que no os destruyáis en la insurgencia armada de instrumentos destructores, pues bastará para hacer eficaz la protesta, apelar a los medios civilizados de la razón y del sufragio. Consideremos, ante el espectáculo que nos presentan otras comunidades avanzadas, que esa fiebre sanguinaria de las presentes violencias intestinas nada significa y todo lo consume!...

¡La suprema necesidad de los fines colectivos exige la solución del problema de civilización, y ésta sólo está en la INDIVIDUALIZACIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO y en el SUFRAGIO PLEBISCITARIO: en los principios de la verdadera República.

FLORICEL A. ROJAS

Nueva York, 15 de mayo de 1924.

Acuerdo de los estudiantes ecuatorianos

Congreso de Ambato

El Congreso aprobó por unanimidad la siguiente moción presentada por el delegado guayaquileño señor Jorge Flor Burgos.

«El primer Congreso de Estudiantes ecuatorianos, considerando: Que el primer deber de la juventud es la solidaridad en la libertad y en la justicia;

»Que el espíritu que agitó la mente de nuestros libertadores no fue otro que el hacer práctica la libertad y la justicia, por medio de la democracia;

»Que la democracia y, por tanto la obra de los libertadores, no será realidad sustantiva mientras subsistan regímenes tiranos que burlan el derecho y atropellan las libertades;

»Que corresponde a las juventudes de América, sin distinción de fronteras, mantener incólumes las preciosas conquistas que nos legaron en esfuerzo común y en íntima solidaridad material y espiritual nuestros padres;

»Que los gobiernos de Leguía y de Gómez, con ausencia de toda moral, han muerto en el Perú y Venezuela las libertades de pensar y de sentir;

»Que en el Perú el gobierno despótico de Leguía ha enviado al destierro a dos Presidentes de la Federación de Estudiantes y a muchos universitarios que se esforzaron por defender los fueros de la libertad y de la justicia;

»Que tal actitud entraña un atropello incalificable a los más elementales derechos del hombre a los cuales no puede ser extraño el primer Congreso de Estudiantes Ecuatorianos.

ACUERDA:

Solidarizarse con las juventudes del Perú y Venezuela, que defienden las libertades públicas de sus patrias y expresar a las Federaciones Universitarias respectivas la simpatía y el apoyo moral de los Estudiantes Ecuatorianos; y

»Procurar la mayor publicidad de este acuerdo».

(El Telégrafo, Guayaquil).



LA EDAD DE ORO

63.—Creso

en poder de Ciro.

Los persas, dueños de Sardes, se apoderaron también de la persona de Creso, que habiendo reinado catorce años y sufrido catorce días de sitio, acabó puntualmente, según el doble sentido del oráculo, con un grande imperio, pero acabó con el suyo. Ciro, luego que se lo presentaron, hizo levantar una grande pira, y mandó que le pusiesen encima de ella cargado de prisiones, y a su lado catorce mancebos lidios, ya fuese con ánimo de sacrificarle a alguno de los dioses como primicias de su botín, ya para concluir algún voto ofrecido, o quizá habiendo oído decir que Creso era muy religioso, quería probar si alguna deidad le libertaba de ser quemado vivo: de Creso cuentan que, viéndose sobre la pira, todo el horror de su situación no pudo impedir que le viniese a la memoria el dicho de Solón, que parecía ser para él un aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz. Lo mismo fué asaltarle este pensamiento, que como si volviera de un largo desmayo exclamó por tres veces:—*¡Oh Solón!* con un profundo suspiro. Oyéndolo el rey de Persia, mandó a los intérpretes le preguntasen quién era aquel a quien invocaba. Pero él no desplegó sus labios, hasta que forzado a responder, dijo:—«Es aquel que yo deseara tratasen todos los soberanos de la tierra, más bien que poseer inmensos tesoros». Y como con estas expresiones vagas no satisficiera a los intérpretes, le volvieron a preguntar, y él, viéndose apretado por las voces y alboroto de los circunstantes, les dijo: que un tiempo el ateniense Solón había venido a Sardes, y después de haber contemplado toda su opulencia, sin hacer caso de ella le manifestó cuanto le estaba pasando, y le dijo cosas que no sólo interesaban a él sino a todo el género humano, y muy particularmente a aquellos que se consideran felices. Entre tanto la pira, prendida la llama en sus extremidades, comenzaba a arder; pero Ciro luego que oyó a los intérpretes el discurso de Creso, al punto mudó de resolución, reflexionando ser hombre mortal, y no deber por lo mismo entregar a las llamas a otro hombre, poco antes igual suyo en grandeza y prosperidad. Temió también la venganza divina y la facilidad con que las cosas humanas se mudan y trastornan. Poseído de estas ideas, manda inmediatamente apagar el fuego y bajar a Creso de la hoguera y a los que con él estaban; pero todo en vano, pues por más que lo procuraban, no podían vencer la furia de las llamas.

Entonces Creso, según refieren los lidios, viendo mudado en su favor el ánimo de Ciro, y a todos los presentes haciendo inútiles esfuerzos para extinguir el incendio, invocó en alta voz al dios Apolo, pidiéndole que si alguna de sus ofrendas le había sido agradable, le socorriese en aquel apuro y le libertase del desastrado fin que le amenazaba. Apenas hizo llorando esta súplica, cuando a pesar de hallarse el cielo sereno y claro, se aglomeraron de repente nubes, y despidieron una lluvia copiosísima que dejó apagada la hoguera. Persuadido Ciro por este prodigio de cuán amigo de los dioses era Creso, y cuán bueno su carácter, hizo que le bajasen de la pira, y luego le preguntó:—«Dime, Creso, ¿quién te indujo a emprender una expedición contra mis Estados, convirtiéndote de amigo en contrario mío?—Esto lo hice, señor, respondió Creso, impelido de la fortuna, que se te muestra favorable y a mí adversa. De todo tiene la culpa el

dios de los griegos, que me alucinó con esperanzas halagüeñas; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra a las dulzuras de la paz? En esta los hijos dan sepultura a sus padres, y en aquella son los padres quienes la dan a sus hijos. Pero todo debe haber sucedido porque algún numen así lo quiso».

Libre Creso de prisiones, le mandó Ciro sentar a su lado, y le dió muestras del aprecio que hacía de su persona, mirándole él mismo y los de su comitiva con pasmo y admiración.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros
de la Historia).

64.—La molinera

Por la senda llana, los dos, tras, tras, tras,
van un rucio y una viejecica errante:
van los dos ligeros, dale que le das,
antes que anochezca, mudos; tras, tras, tras,
detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino:
ochenta años cuenta, ¡bien cumplido estoll!
y está alegre, en este goce matutino,
tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca
el rucio lustroso de parda color;
no le herraron nunca, nunca usó retranca:
y tras, tras, le aguija la viejuca blanca
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta,
tras, tras, ¡qué recuerdos de antigua quietud!
mi abuelica ciega se me representa:
yo era de seis años, ella era de ochenta;
quien me hizo la cuna, le hizo el ataúd.

Y tras, tras, tú sigues, lindo borriquito...
¡Para mis rapazas traédmelo aquí!
Nada más gracioso, nada más bonito:
cuando fué la Virgen camino de Egipto,
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, ¡es ya tarde, molinera santa!
Nacen las estrellas, clara muchedumbre...
Tras, tras... que mañana, cuando el gallo canta,
madre molinera, corre y se levanta,
a vestir los nietos y encender la lumbre.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea,
¡cómo trisca, al logro del camino llano!
ganas me dan, viendo su humilde ralea,
de irme a la parroquia blanca de la aldea,
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras y la molinera abuela
va toda empolvada, como a un festival:
porque la empolvaron la cara y la tela,

con callada harina la sonante muela,
los ángeles rubios con claror astral.

Tras, tras, el borrico sigue su camino...
¡y qué remembranzas va dejando en pos!
Contaba mi abuela, con su hablar cansino,
que era así, como éste, de manso, el pollino
que adoró en las pajas al Infante Dios.

Anochece... Suenan los bronces lejanos...
imolinerá blanca, de blancor de luna!
Tras, tras... y por verte pasar, tus hermanos
los astros, entreabren, piadosos y humanos,
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras, y mirando, blancura divina,
entre las estrellas la luna sin velo,
piensa el rucio: «¡Dios me valga, vecina!
¿quién será el que muele tanta rubia harina
con la muela blanca que está allá, en el cielo?»...

GUERRA JUNQUEIRO

(*Los Simples*, trad.
de E. Marquina).

65.—Solidaridad

Dispone Cristo que el que tenga dos túnicas regale una al que no posea ninguna, y a su pesar repara cuán enorme es la desigualdad. No aciertas tú a ir vestido sino de seda, en tanto a otro le falta hasta un retazo de estameña para cubrir su desnudez; encontrando ásperas y groseras para ti las pieles de carnero, de oveja o de cordero, te abrigas con las más finas de ciervo, de leopardo o de nutria del Ponto, en tanto tu prójimo se estremece de frío, encogido hasta mitad de cuerpo por los rigores del invierno. Tú, agobiado de oro y pedrería, ¿no acudirás, ni con un real, a salvar la vida del necesitado? A ti, por razón de la hartura, te enojan y provocan a vómito los capones, perdices y demás manjares igualmente costosos y delicados, mientras que tu hermano, desfallecido e inválido, no halla para aplacar su hambre y la de su infeliz mujer y de sus hijuelos ni siquiera un pan de salvado, inferior en calidad al que tú destinas a los perros. Encuentras angostas para ti viviendas tan espaciosas que habrían bastado a aposentar comitivas de los antiguos reyes y tu pobre hermano no tiene donde recogerse a descansar durante la noche y vives sin temor de que algún día puedan lanzarte al rostro aquellas severas palabras del Evangelio: «Hijo, tú recibiste ya tu parte de bienes en esta vida».

En verdad que del mismo modo que es vergonzosa cosa que un padre de familia deje a alguno de los suyos sufrir hambre o desnudez o el sonrojo de la miseria y vileza del vestido en el seno de la opulencia de su casa, no es conveniente que en ciudad rica toleren sus magistrados que ciudadano alguno sea maltratado de la miseria y de la hambre.

No es tolerable en ciudad alguna cristiana y ni aun en las de los gentiles donde se viva conforme a humanas costumbres, que en tanto unos nadan en la abundancia, gastando miles y miles en construir un sepulcro, una torre o un bastimento, útil sólo a su vanidad, o en banquetes y otras ostentaciones, peligre por falta de 50 o de 100 florines la salud y aun la vida de un hombre de bien y que un pobre padre de familia se vea tristemente forzado a desamparar a su mujer y a sus tiernos hijos.

JUAN LUIS VIVES

(*Dantino Cereceda:*
Lecturas Agrícolas).

66.—El alma de Judas

Refieren añejas crónicas que el apóstol que vendió a Cristo echó, después de su delito, cuentas consigo mismo, y vió que el mejor modo de saldarlas era arrojar las treinta monedas y hacer zapatetas, convertido en racimo de árbol.

Realizó su suicidio, sin escribir antes, como hogafío se estila, epístola de despedida, y su alma se estuvo horas y horas tocando a las puertas del purgatorio, donde por más empeños que hizo se negaron a darle posada.

Otro tanto le sucedió en el infierno, y desesperada y tiritando de frío regresó al mundo buscando donde albergarse.

Acertó a pasar por casualidad un usurero, de cuyo cuerpo hacía tiempo que había emigrado el alma cansada de soportar picardías, y la de Judas dijo:—aquí que no peco—, y se aposentó en la humanidad del avaro. Desde entonces se dice que los usureros tienen alma de Judas.

RICARDO PALMA

(*Tradiciones peruanas*).

67.—La lluvia

A Nonia le gustan mucho los días hermosos. Si por ella fuera, no llovería nunca. Pero, es que Nonia es muy pequeña aún y no comprende lo necesaria que es la lluvia. El agua hace crecer el trigo con el que se elabora el pan, y convierte en frutos jugosos las florecitas del naranjo, del duraznero, del peral y de los demás árboles frutales. Además, hace brotar y mantiene verde la hierba de los campos con lo que las vacas pueden producir la leche, sin la cual tomaríamos el café negro y no se harían postres de crema. Si faltara el agua, nos moriríamos todos: quizás no existiría el mundo. Y si existiera, ¡qué mundo tan triste había de ser, sin plantas, sin pájaros, sin ríos, sin gente, sobre todo sin gente bonita: pues la limpieza nos hace agradables y hasta hermosos.

Queridos niños: amad mucho al agua, que es tan útil, tan fresca, tan cantarina. Así que Nonia sea más crecida, comprenderá también lo necesaria que es, y cuando haya sequía tendrá vivos deseos de que vengan a cumplir su obligación las nubes llamadas *nimbos*, que son las que traed la lluvia.

JUANA DE IBARBOUROU

(*Ejemplario*).



Yo soy flamenco

Soy de Brujas la Muerta, gótico impenitente,
loco de primitivos trípticos, medioeval
con nostalgia de aquella desmesurada gente
que sube, sube, sube por la flecha ojival.

Carlos el Temerario, Felipe el Atrevido
y Juan Sin Miedo, nuestros duques de cuerpo entero,
mayúsculas soberbias del tiempo florecido,
hombres alto-relieve de rostro verdadero

me están haciendo falta, pues, que todas las cosas
ahora simuladas, con subrayado *bueno*;
dicen todos en coro, palabras engañosas,
y araña caza moscas, pasa Luis el Onceno.

¡Siento mucho Lenine! Vivías en acecho, ...
eras como Luis Once, caza moscas, araña;
decías: El estado, la razón y el derecho
soy. ¡Que viva Felipe Segundo rey de España!

Soy de Brujas la Muerta, muchas veces más viva
que todas estas muertas cosmópolis de ahora;
soy de Brujas la Muerta, mi luz contemplativa
es niña de doce años, esquiva, tembladora,

tímida, silenciosa, como la luz aquélla
de Memlinck, en los cuadros del hospital San Juan:
Nuestros ojos hermanos, por una misma estrella
de calladas nostalgias, embebidos están.

Luz de las mañanitas, monja benedictina
del *Jam lucis* a Prima, Sor Clara Silenciosa
bañada en las tres aves de la fuente divina,
luz de virgen María, tres veces toda hermosa.

Esta luz rezadora de Brujas ha pintado
en mis horas vividas su claro madrigal
de ojos claros, serenos, sin mancha de pecado,
exactamente como, si yo fuera canal.

Uno de estos canales de Flandes, que dormidos
y monótonos pasan cogidos de la mano,
con sus inseparables novias los escondidos
beaterios, sagradas islas del mar profano.

Uno de estos canales de Flandes, compañeros
del beaterio siempre, novios trascendentales
cogidos de la mano, nostálgicos viajeros,
bajo este cielo gris de nocturnos iguales.

Este cielo de Flandes para los ojos míos,
que prefieren cerrarse como aquel volteriano
vargasvilista pasa, pues los ojos impíos
manchan con sus miradas, el resplandor lejano

de mis ojos serenos, verdaderos y grandes
que Jesús Luminoso de claridades baña:
Como aquél de Bretaña este cielo de Flandes,
este cielo de Flandes como aquél de Bretaña.

Soy de Brujas la Muerta, de Gande, de Malinas,
es Amberes mi dicha, mi descanso Bruselas,
son góticas mis prosas, y mis versos las finas
encajeras de Flandes, las dulces acuarelas

de esta luz Sor Clarisa, flor de luz entreabierto,
que sin entrar deshoja su paz en las ventanas,
Bella Durmiente clara de mi Brujas la Muerta,
para leer estos versos de penumbras lejanas.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nic. 8 de agosto de 1924.

El pensamiento
de Guerra Junqueiro

(De *El Sol*, Madrid).

(Concluye. Viene del número pasado).

2

Guerra Junqueiro era, en lo más profundo de su ser, un alma esencialmente religiosa, entendiéndolo por tal la que busca, por la razón o el sentimiento, un sentido finalista al universo, y, por lo tanto, un destino al hombre. En apariencia demoledor inexorable, era, como muchos anarquistas, un fanático del orden, claro está, de un orden superior. Ocurre con frecuencia que los temperamentos más revolucionarios lo son por sentimiento exacerbado de la idea de perfección, que es el orden supremo, y muchos conservadores que piensan, sin limitarse a conservar biológicamente los frutos del azar individual o histórico, lo son por no creer en la perfectibilidad del hombre, por estar seguros de que siempre habrá desorden en el mundo, llegando a la conclusión de que, desorden por desorden, mejor es el mediano presente conocido que el excelso futuro por conocer. En el fondo, todo hombre tiene algo de anarquista, entendiéndolo por este vocablo, no la idea de perfección social, utópica y crónica, que conciben sus doctrinarios, sino el sentido vulgar y corriente que se asigna al partidario de cualquier desorden humano. Sólo que unos son anarquistas conservadores o estáticos, por sostener que ningún orden futuro será mejor que el desorden actual, y otros son anarquistas liberales o dinámicos, por suponer que ningún desorden venidero será peor que el orden vigente.

Guerra Junqueiro pertenecía a esta última categoría. Su conciencia estaba abrasada de sed de equilibrio y justicia. Y no sólo creía que ningún desorden desconocido podía ser peor que el presente, sino que creía también en la posibilidad de un orden absoluto, que era la idea de Dios. En ninguna parte aparece tan claro este pensamiento como en el prólogo que escribe para *Pobres*, de Raul Brandao—prólogo que podría enaltecer cualquier antología de estilos en prosa. Hay en Guerra Junqueiro una tendencia a las concepciones trinitarias, muy característica de las mentalidades religiosas y metafísicas. Abundan en sus escritos, como hemos de ver. Detengámonos primero en la que describe en el prefacio al libro de Brandao. El alma humana pasa por tres fases emotivas. Primera, la emoción dinámica o cósmica, la emoción panteísta en que el hombre se siente arrastrado y aturdido hasta el infinito por el juego sin fin de infinitas fuerzas naturales. «Todo vive, todo vive: el hombre, la fiera, la roca, el lodo, el agua, el aire, hogueras de mundos, aluviones de nebulosas, incorporeidad genésica del ser. Hervidero de vidas insondables que el tiempo no agota, porque la muerte creadora lo desorganiza continuamente y lo reproduce en formas nuevas y diversas... ¡Naturaleza! ¡Universo! Vidas infinitas circulando eternamente en una vida única. ¡Asombro, esplendor, pavor, deslumbramiento! El hombre vacila, desmaya, quiere equilibrarse... Pero ¿dónde si no hay tierra en que posar ni muro en que recostarse? Todo impalpable, fugaz, incierto, ilusorio, ilimitado...; todo vida, todo sueño, todo vorágine...»

Segundo estadio: la emoción social o humana, la vida en común. Aquí el verbo de Guerra Junqueiro destroza como un hierro candente; pero su belleza no es inferior a su furia. «La vida es el mal... El progreso marca la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, al curso de la bala, que es de veinte kilómetros. La fiera, a diez pasos, nos perturba. El hombre, a cuatro leguas, nos hinche de terror. El hombre es la fiera dilatada... Al pie de Napoleón, un megalosauro es una hormiga... Hay hombres que cenar en una noche una barriada fúnebre de mendigos... La letrina de Vanderbilt costó aldehuelas de miserables... Hombrés que tienen imperios y hombrés que no tienen hogar... La Humanidad, en fin, es la victoria de los arrogantes sobre los hu-

mildes, de los fuertes sobre los débiles, de la bestia sobre el ángel... Contradicción inexplicable: La naturaleza es iniquidad, porque la ley que la rige asegura el predominio de la supervivencia del más fuerte. Mas ¿quién me lleva a decir que la naturaleza es inicua?... Si Cristo murió en la cruz, la naturaleza es el mal. Pero siendo la naturaleza el mal, ¿cómo es que de ella nació el mismo Cristo, afirmación de todo bien? Con esto se llega a la fase religiosa, a la emoción divina, a la idea del bien y de la perfección, que llevada a lo infinito, es la idea de Dios. «Movimiento infinito, dolor infinito, amor infinito: he ahí los tres rostros de la naturaleza en el espejo, cada vez más profundo, de su conciencia; en los ojos, cada vez más abiertos, de su alma... Dios es, pues, el amor infinito, venciendo infinitamente el infinito dolor... Cristo es el redentor humano; Dios el redentor universal. Es el ser infinito, porque es el amor ilimitado. Y la naturaleza tenebrosa, vista desde Dios, divinízase por encanto. Guerras, luchas, crímenes, catástrofes, desórdenes, evapóranse y se funden en armonía mágica y perfecta.» ¿No equivale esto a decir que el mal es necesario o que no existe, que es sólo aparente? Sólo así se puede tocar la idea de perfección, como norte y término del universo. Pero entonces, ¿para qué combatir contra un mal ficticio; por lo menos, para qué combatir con la violencia contra la violencia? En varias ocasiones señala Guerra Junqueiro sus ideales humanos: San Francisco de Asís, ejemplo de humildad; Cristo, ejemplo de piedad. Con menos retórica, ésta es también la doctrina moral de Dostoievsky. Véase el excelente libro *Dostoievsky*, que André Gide dedica a estudiarla, hace poco publicado.

Si no comprendemos a torcidas este esplendoroso torrente de palabras—tan del gusto de los románticos del siglo XIX, tan emparentado, sobre todo, con aquella orquesta verbal que fué Víctor Hugo—, el hombre, para elevarse a la perfección ha de pasar por tres momentos específicos. Primero, el momento dionisiaco, la embriaguez en la vida y la naturaleza, el temblor lírico ante el misterio del universo. Segundo, el momento dramático, la lucha contra el mal, que es la vida, verdugo en unos hombres, víctima en otros. Tercero, el momento trágico, la piedad con todo, el amor para todos, la fatalidad del bien y del mal, mejor dicho, su inexistencia como tales distinciones, su armonía o razón de ser cuando se contempla el mundo desde su finalidad, que es la idea de perfección, Dios. Esta concepción, con algunas variaciones, la repite Junqueiro en muchos de sus escritos. Hablando de Antero de Quental, dice que en él «hubo en germen un santo, un filósofo, un héroe». Primero, el «héroe, esto es, el trabajador idealista, el hombre visionario de acción, el revolucionario ardiente y generoso, cuya figura impávida se destaca con relieve bélico de atleta y un fulgor juvenil de aventurero iluminado». Luego, el filósofo, el hombre que busca el «porqué», no el «cómo», de las cosas; el atormentado por el drama de la razón con la conciencia. En fin, el «santo, esto es, el alma para quien la virtud es el fin único de la vida, el motivo soberano de la existencia.» Un proceso análogo establece refiriéndose a Juan de Dios, sólo que en este caso el motivo de la perfección es la mujer, que gradualmente se transforma, en la conciencia del poeta, de hembra en ser espiritualizado, hasta culminar en «la Virgen de las vírgenes, la Madre de Cristo, la Madre de Dios. Es Dios en mujer, es Dios en lo femenino». En otro ensayo sobre los grandes hombres, la trinidad la forman el héroe, el artista, el filósofo. «El sacrificio al Bien, en la acción y por la acción: he ahí la norma del héroe... El grado de amor es el grado de heroísmo. El héroe máximo es el santo, y San Francisco de Asís es el super-hombre. El artista no iguala al santo, pero se le aproxima... El héroe nos da el amor en acciones, lo convierte en pan espiritual, que va dividiendo por la tierra. El artista hace de él un diamante quimérico de luz y sonido, que es el amor vibrando, amor en sinfonía, amor en estado de belleza. Pero si el universo es amor infinito, el arte supremo que lo abarca es el arte cósmico y religioso. Y entonces el arte ideal se define de este modo: la naturaleza traducida en cántico, Dios, que se oye y que se ve, revelado en música... La virtud del santo se sublima en el éxtasis, en la bendición, y la inspiración del poeta se magnifica en la música y en el símbolo. Uno reza, el otro canta. El filósofo observa y medita. Es un espejo que piensa. La filosofía integral,

como el arte supremo, será también religiosa, porque sólo en Dios, Amor-Infinito, la vida encuentra su unidad y la clara explicación de su misterio. Todas las grandes almas, brújulas radiantes, se polarizan en Dios».

Se comprende, pues, que para un hombre así el arte no sea una bagatela, «cosas lindas, mas todo mediocre, pasajero. Arte efímero. Anécdotas», como dice definiendo la primera etapa de Juan de Dios. Todo lo contrario: «El arte —repito más de una vez—, cuando es grande, es religioso y panteísta. Siente el infinito, expresa el infinito, sugiere el infinito». El arte es amor: «El arte vale más o menos según la porción de amor que abarca o revela. El arte soberano es el que conjuga la naturaleza toda, hombres y monstruos, aguas y árboles, piedras y nubes, soles y nebulosas, con el verbo infinito y perfecto, el único verbo creador que es el verbo amar. El universo atómico, partículas innumerables y vagabundas, fraterniza en Dios, se unifica en Dios.» En la nota con que epiloga *La muerte de Don Juan*, pregunta y responde: «¿Cuál es el tema del arte? El universo. ¿Cuál es el principio que lo domina? La justicia. ¿Cuál es, pues, el ideal artístico? La justicia.» Fusión de la estética con la ética. A una conclusión semejante llega Schiller, pero con más energía Tolstoi en su *¿Qué es el arte?*, a quien recuerdan más de una vez las opiniones de Guerra Junqueiro, como cuando escribe en la misma nota: «Ahora, una literatura da la medida de una sociedad. Es un axioma de crítica. Pues bien: si preguntamos a la literatura de nuestro tiempo lo que ha producido la sociedad moderna, la literatura responderá: Adulterios y anemias... En general, el poeta moderno no comprende su tiempo... Le preocupa la «originalidad». Originalidad, en este caso, quiere decir: aberración. Valúa la sociedad, sencillamente, por el lado exterior del lujo, del café, del burdel, de las anécdotas. En suma: es la demagogia artística, el ateísmo literario».

Con lo expuesto basta para señalar el pensamiento de Guerra Junqueiro. Resta ahora ver cómo ese pensamiento está realizado en su obra poética. Indiquémoslo someramente. Sus poemas pueden dividirse en dos categorías: poemas de combate, políticos y civiles, y poemas de santidad. La emoción puramente lírica, desinteresada y como desprendida de la sociedad y la historia, no se da en Guerra Junqueiro como cuerpo separado, como creación sistemática. Hay en casi todos sus poemas admirables fragmentos líricos, exquisitas composiciones sueltas, impregnadas de naturaleza y de humana ternura, sobre todo en el que, en mi sentir, supera a todos, en su magnífico *Patria*, como cuando Astrólogo describe la tierra portuguesa:

«Campos claros de milho moco e trigo loiro,
hortas a rir, vergeis noivando en frutos d'ouro...»

o cuando la canta el Loco con su dulce estribillo:

«Lindo jardín! Lindo pomar!»

Pero no forman un organismo aparte. El sentimiento ético, ya satírico, ya patético, está presente, desde el principio, en toda la poesía de Junqueiro. Sus poemas de combate pueden subdividirse a su vez en dos géneros: en satíricos y dramáticos. Mencionaremos los más importantes, los grandes anillos de su ciclo poético. La primera obra de aliento, la que le da notoriedad, es *La muerte de don Juan*, una vehemente invectiva contra el donjuanismo. Es un poema que contiene páginas de extraordinaria belleza, escrito con ingenua intención y en forma a veces insuperablemente cruda. Don Juan es el símbolo demoníaco, seguido de su cortejo siniestro: la orfandad, el amor burlado, el amor mercenario, el lujo, la sífilis, la miseria y la muerte. «Don Juan—escribe Guerra Junqueiro en la nota final del poema— resume en sí todo lo que hay de enfermizo en la sociedad moderna: el idealismo, el tedio, las neurosis, la indiferencia, la duda, las paradojas, la falta de carácter. Don Juan anda en los cafés, en los bulevares, en los teatros, en la literatura, en las iglesias y en las conciencias... Es necesario matarlo; moralmente, ya se ve». A juicio del poeta, a Don Juan se le hace demasiado honor llevándolo al infierno. Hay que hacerle sufrir en la tierra. Al final de sus días le convierte en

saltimbanqui y le lleva por las plazuelas, borracho y caduco, acompañado de un oso viejo y de una cortesana, Imperia, comida de llagas. Así, objeto de befa pública, se gana la vida.

«E o magro D. Joao e a torpe dancarina
com um ar infeliz e um riso desgracado,
foram apresentando a velha barretina
ao sordido maná do cobre esverdeado».

Por fin, le mata, despiadadamente, de hambre.

IMPERIA

D. Joao, ó meu amante,
Diz-me, que tens!...

D. JOAO (*expirando*)
Nao ó remorso... é fome

Después de Don Juan, Jehovah. «Todo lo que hoy se opone a la realización de la justicia puede sintetizarse en dos grandes figuras, en dos símbolos: Don Juan y Jehovah», escribe. Las contrafiguras son Cristo y Prometeo, «la ciencia y la conciencia, la libertad y la fe, el sentimiento y la razón». El libro contra Jehovah es *La vejez del Padre Eterno*, estupendo de sarcasmos. Pero no es un libro irreligioso. Muy al comienzo dice:

«Ó crentes, como vós, no intimo do peito
abrigo a mesma crenca e guardo o mesmo ideal.
O horizonte é infinito e o olhar humano é estreito:
creio que Deus é eterno e que a alma é imortal».

Sus diatribas se limitan a lo que él juzga como desviaciones de la verdadera religión. Algunos poemas de ese libro, como *La Semana Santa*, en que se encuentran Cristo y Voltaire, redivivos, y pasean juntos—Voltaire hace de satánico cicerone—son de una irreverencia sin precedentes en ninguna literatura. Otros, como *El mirlo*, son modelos de sentimiento lírico y ternura trágica. Este es, que se sepa, el único libro que repudió más tarde. En una nota puesta al pie de su artículo *El sacré-cœur*, escribe lo siguiente: «He sido, debo declararlo, muy injusto con la Iglesia. *La vejez del Padre Eterno* es un libro de mocedad. No lo hubiera escrito ya a los cuarenta años. Animólo y dictólo mi espíritu cristiano; mas lleno aún de un racionalismo engañoso, un racionalismo de ignorancia, estrecho y superficial. Conteniendo cosas bellas, es un libro malo y muchas veces abominable. Hay en la historia grandiosa del catolicismo páginas de horror; pero la Iglesia, con los Evangelios, cristianizó y salvó al mundo. En el catolicismo existen absurdos; pero en la médula de su doctrina resplandecen verdades fundamentales, verdades eternas, las verdades de Dios». Y hablando con Agostinho de Campos, dice de ese libro: «Después de escribirlo, conocí mejor a San Francisco de Asís, y comprendí que la Iglesia, que mereció tener por suya una tal alma de superhombre, es una cosa mayor y mejor de lo que yo entonces suponía».

Después de esos dos poemas de sátira genérica, ideológica, vienen los patrióticos. El ultimátum de Inglaterra en 1890 y el tratado subsiguiente colman el alma de Junqueiro de acerbo pesimismo y de terrible cólera. Aparece *Finis Patriae* en 1890 y *Patria* en 1896, dos grandes gritos de dolor y de ira. En el primero está el feroz poema contra Inglaterra (la común intervención en la Gran Guerra le reconcilió bastante con el odiado país), que empieza así:

«Ó cínica Inglaterra, ó bébada impudente,
Que tens levado, tu, ao negro e á escravidão?
Chitas e hipocresia, evangelio e aguardente.
Repartindo por todo o Escuro Continente
A mortalha de Cristo em tangas d'algodão.»

Pero el poema dramático por excelencia es *Patria*, que, con un poco de tolerancia artística, podría llevarse tal vez a la escena. Tiene varios personajes, que se enumeran al principio: «Un Loco» (el pueblo portugués), «el Rey» (¿don Carlos?), «Magnus» (un político, coleccionador de títulos y prebendas), «Opiparus», prin-

cipe de Oro Alegre; «Ciganus», marqués de Saltamontes; «Astrologus», cronista mayor del Rey; «Yago», viejo mastín, dientes podridos, obeso, gordura flácida; «Judas», perro mestizo de lobo, jorobado, sarnoso, mirada falsa, inyectada de bilis; «Veneno» falderillo enano, ladrador y lamedor, y otros que aparecen luego, los retratos de reyes y personajes que salen de sus marcos y hablan: D. Juan IV, untuoso, astuto, beato, falso y pusilánime; D. Alfonso VI, alucinado, hemipléjico, zurriagando, furioso, una jauría imaginaria de perros; D. Pedro II, tipo de valentón de caballerizas, pendenciero, sanguinario y crapuloso, sifilítico y borracho; don Juan V, viejo, asqueroso, medio paralítico; doña María I, loca furiosa, delirante; Nuño Alvarez, en cuya boca pone, en tercetos admirables, una grandiosa elegía de la historia de Portugal y una de las más bellas de ninguna lengua. (Las acotaciones de los personajes son del poeta.) El rey,

«Uma boia de enxundia, um zero folgazao;
Bispote português com toucinho alemão».

duda antes de firmar el oneroso Tratado con Inglaterra. Sus antepasados salen de sus marcos para aconsejarle según sus humores y flaquezas. Por fin firma, y el Loco canta en la oscuridad, como un crucificado:

«Arde na Dor, carne maldita!
Revive na Dor, almi infinita!
Na Dor bemdita espera e cre!».

Patria es, sin duda, una de las creaciones literarias más hermosas y violentas que se han escrito en ningún idioma. En los versos de *Patria*—dice el propio Junqueiro—puse en forma ideal el problema portugués: el ascenso de la nación a santidad, la afirmación de ser crímenes, en nuestra historia, lo que en general se considera como glorias:

«Minhas glórias!.. infamias e vergonhas
De ladrao, de pirata e de assassino!»

Las «anotaciones» que, en prosa, siguen al poema, a modo de «balance patriótico» de 1891, son una formidable disección del régimen entonces vigente. Hay que ir a los profetas bíblicos para encontrar un lenguaje semejante. Alguna vez dijo Junqueiro que las balas que mataron a D. Carlos las disparó la nación entera. Pero de esa nación él era, por lo menos, la mitad. Rara vez un poeta ha tenido tanta influencia de subversión política. A pocos portugueses le debe tanto el nacimiento de la República como a él.

Vienen, en fin, los poemas de santidad, *Los Simples* y las *Oraciones*. El poeta cansado de la lucha contra el mal, y acaso convencido de lo inútil de su esfuerzo, vuelve a su aldea nativa, a la compañía de los humildes, al amor de las cosas y de los seres más sencillos, como un San Francisco de Asís. Quería completar su obra con otros dos poemas de santidad, con el *Prometeo libertado* y con el *Camino del cielo*. Su fase trágica quedó, pues, realizada a medias, ya que no pudo concluirlos.

Termino este rápido análisis del pensamiento y la obra de Guerra Junqueiro. Fué una personalidad poderosa. En otro idioma, sería un poeta universal. Era el penúltimo de una serie de grandes poetas civiles, políticos, sociales, históricos o como quiera denominárselos, que florecieron en el siglo XIX. Pertenecía al egregio linaje de Shelley, de Hugo, de Carducci, de Verhaeren, de Walt Whitmann, poetas cósmicos. El último, por ahora, es Thomas Hardy, el octogenario bardo épico inglés y gran novelista al mismo tiempo. De la obra de Guerra Junqueiro puede decirse lo que Whitmann decía de sus poemas: «Quien toca este libro, toca a un hombre.» He ahí lo que dominaba, en Junqueiro, a su pensamiento y su arte: la personalidad, el carácter, su humana plenitud. He ahí su mejor elogio: antes que poeta y pensador, era un hombre, todo un hombre, hasta en las flaquezas de sus últimos tiempos.

LUIS ARAQUISTAIN

Estoril, 1923.

Dos de noviembre

Día de paz. El pensamiento, herido por las hondas tristezas del pasado, contempla el camposanto que ha quedado en sus muros de piedra, recogido.

Los bronceos dan al viento su gemido, y el alma torna a ver lo que ha llorado: los seres que por siempre ha idolatrado y que el tiempo ya en polvo ha convertido.

¡Pavor de nuestro mísero destino...!
Y sin embargo, todos, el camino
tendremos que emprender hacia la tumba,

Y allí, con nuestros muertos adorados,
hablaremos, de tiempos ya pasados,
en las fiestas rituales de Ultratumba!

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón. 1924.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Sastrería LA COLOMBIANA

Francisco Gómez Z.

Ofrezco a mi clientela un surtido completo de casimires, y en la confección de trajes, prontitud y garantía.
Calle del tranvía, frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTEROS.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Doctor ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

TELÉFONO N° 899 — Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.
25 varas al NO. de la Artillería.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo. Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS	ma, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.
Estrella, Lager, Selecta, Double, Pilsener y Sencilla.	
REFRESCOS	SIROPES
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Cre-	Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE COSTA RICA

